

como me sucede con la delicada sensacion que comunican á mi paladar, á mi vista y á mi olfato los frutos, las plantas y las flores, y lo agradables que me son el paseo y el melodioso cántico de las aves. Enajenado con cuanto veo, enajenado con cuanto toco, nada es, sin embargo, comparable con la pasion que experimenté por primera vez. ¡Qué conmocion tan extraña! En todos los demás goces me reconozco superior, dueño de mi mismo; en éste solamente, en el poder fascinador que sobre mi ejerce el encanto de la belleza, cedo á la debilidad; y bien porque mi naturaleza no sea bastante fuerte para oponer resistencia á su seduccion, bien porque en la merma de mi costado haya perdido más de lo necesario, es lo cierto que esa belleza tiene en si demasiados atractivos, siendo en su exterioridad tan perfecta, aunque interiormente no lo sea tanto. No se me oculta que, atendido el fin primordial de la Naturaleza, la excelencia del espíritu y de las facultades internas, es evidente su inferioridad, y que aún considerada en sus formas, se asemeja ménos á la imagen del Creador que nos hizo á entrambos, y no corresponde al sello de predominio que llevamos sobre las demás criaturas; pero cuando contemplo de cerca su beldad, me parece tan seductora, tan acabada en si misma, que su menor deseo, su menor palabra juzgo que es lo más cuerdo, lo más virtuoso, lo más discreto y lo mejor que ocurrirse puede. La ciencia más sublime se da ánte ella por vencida; el mejor razonamiento al lado del suyo queda desconcertado y acaba por parecerme un desvario; siguenla ciegamente la autoridad y la razon, como si hubiera sido ella formada la primera, y no despues que yo, y accidentalmente: en suma, y para decirlo de una vez, en ella moran y ejercen su supremo imperio la majestad del alma y la nobleza, que la rodean con la aureola del respeto, como custodios angelicales.»

Á esto con severo semblante replicó el Ángel: «No acuses á la Naturaleza, que ha hecho cuanto en su mano estaba. Haz tú lo propio, y no desconfies de la sabiduria, que no ha de abandonarte miéntras tú no te apartes de ella en el momento de necesitarla más, y miéntras no des exagerada importancia á lo que la merece ménos, como por ti mismo lo puedes ver: porque ¿qué es lo que tanto admiras? ¿qué lo que de tal modo te enajena? La belleza es sin duda digna de tu afecto, de tu respeto y de tu amor, mas no de rendimiento tan absoluto. Compárate con ella, y estimáte en lo que vales, que á veces nada es tan provechoso como esa estimacion de si mismo bien entendida y puesta en sus justos y razonables limites. Cuanto más procures conocerte á ti, más se persuadirá ella de

tu superioridad, y ménos se sobrepondrán á la realidad las apariencias. Dios la hizo seductora para que te inspirase mayor agrado, y al propio tiempo majestuosa para que la honrases con tu amor; que si no procede con cordura, tardará poco ella en comprenderlo. Pero cuando el deleite de los sentidos, que sirve para la propagacion de la especie, absorbe todos los demás placeres, debe reflexionarse que ese mismo deleite se ha concedido á los irracionales, los cuales no participarian de él si fuese digno de avasallar el alma humana y de que preponderase en ella esta pasion. Sigue amando los encantos, la ternura, la discrecion que hallas en tu compañera; ámala en este sentido, pero no con pasion, porque no consiste en ella el verdadero amor. El amor purifica el pensamiento y engrandece el corazon; lleva á la razon por guia; préciase de juicioso; sirve de escala para remontarse hasta el amor celeste, y no se mancha con el deleite de la carne: por esto no ha sido sacada tu compañera de entre las bestias irracionales.»

Al oír esto, repuso Adán medio avergonzado: «No es su extrema belleza, aún siendo tan seductora, ni el deseo de la procreacion, comun á todos los séres (pues tengo más alta idea del lecho nupcial, que miro con misterioso respeto), lo que me enamora en ella, sino la gracia impresa en todas sus acciones, los mil y mil donaires con que acompaña cuanto dice y cuanto hace, y su amorosa y dulce condescendencia; señales evidentes todas de la union que reina en nuestras almas hasta hacer una sola de ambas, y de la armonia en que vivimos los dos esposos, más agradable que la del más armonioso són á nuestros oídos. No es esto lo que me subyuga (nada te oculto de lo que pasa en mí); no estoy ofuscado, porque mis sentidos perciben los objetos conforme á su variedad y á la influencia que ejerce cada uno; me conservo libre para dar la preferencia á lo mejor y para decidirme por lo que prefiero. Tú no me vedas que ame; al contrario, me dices que el amor nós sublima al cielo, y que es quien allá nos encamina y guia. Pues bien: permíteme que te pregunte ahora: ¿no aman los espíritus celestiales? Y ¿cómo expresan su amor? ¿Contemplándose únicamente, ó por medio de una irradiacion mútua, ó de un contacto bien sea virtual, bien inmediato?»

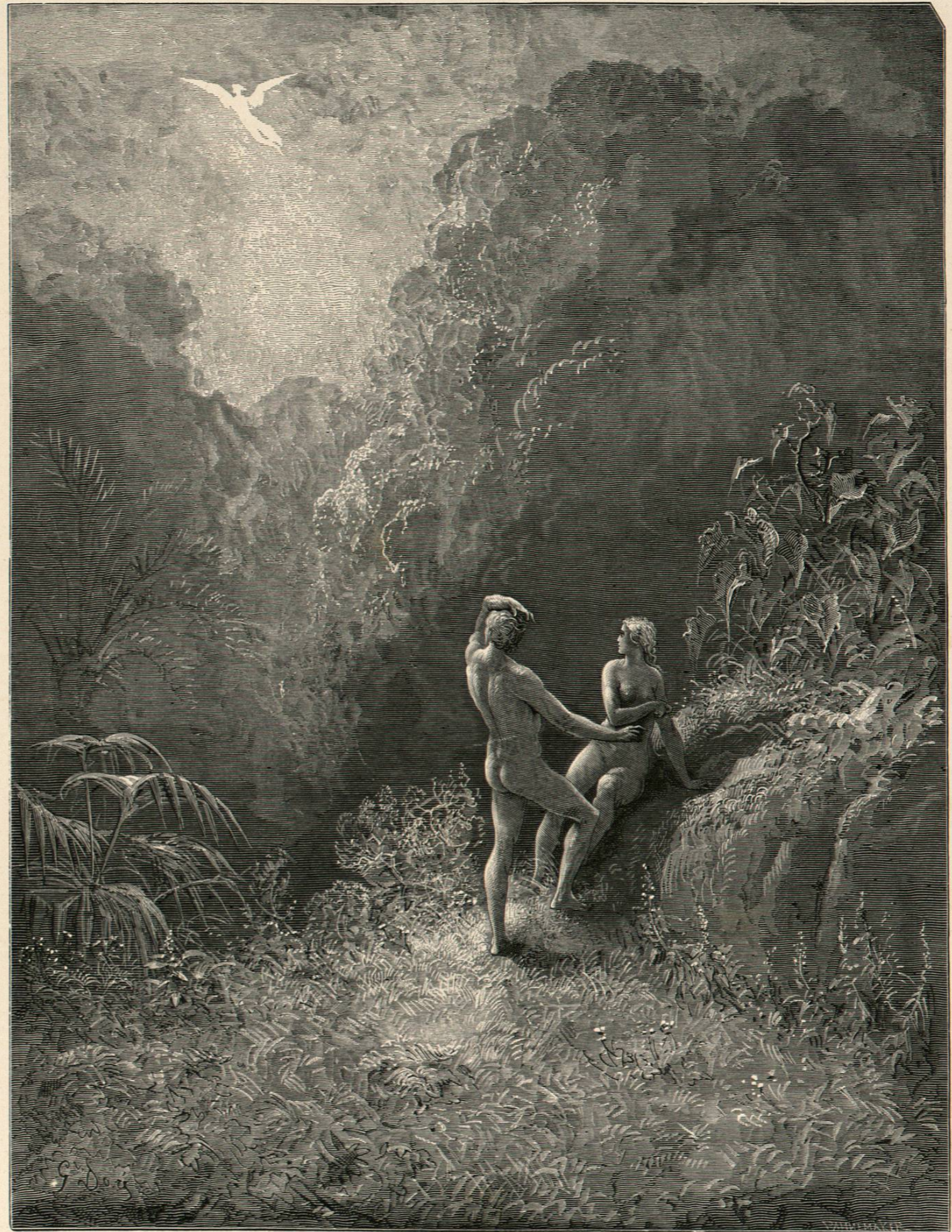
Á lo que con celestial semblante, que animaba el sonrosado carmin propio del amor, contestó sonriendo el Ángel: «Bástete saber que somos felices, y que sin amor no hay felicidad. Ese puro, aunque corpóreo deleite de que disfrutas, porque tú has sido creado puro, nosotros lo gozamos en sumo grado; no hallamos embarazo alguno en las partes de nuestro cuerpo. Si los espíritus se acercan,

se confunden totalmente, más que el aire con el aire, aunándose la pureza de sus esencias, y no viéndose en la precision de juntar la carne con la carne, y el alma con el alma. Y ya no puedo retrasarme más: el sol se aleja, trasponiendo el Cabo Verde de la tierra y las islas Hespérides <sup>1</sup>, que es la señal de mi partida. Persevera en el bien, sé feliz, y ama; ama sobre todo á Aquel que cifra el amor en la obediencia, y no olvides su mandamiento. Cuida que la pasion no extravie tu juicio, ni te induzca á hacer nada de lo que repugna á una voluntad libre. En tu mano tienes tu felicidad ó desgracia y la de tus hijos; y así procede con gran cautela. En tu perseverancia nos complaceremos no sólo yo, sino todos los bienaventurados. Mantente firme; que de conservarte en tu actual estado ó para siempre perderlo, tú eres exclusivamente árbitro y responsable; y pues Dios te ha hecho perfecto cuanto es menester para que no necesites de ayuda extraña, rechaza toda tentacion que te aleje de tu obediencia.»

Levantóse el Ángel al decir esto, y Adán le despidió mostrándole su gratitud en estos términos: «Pues ya es forzosa tu ausencia, vé en paz, huésped celestial, divino nuncio de Aquel cuya soberana bondad adoro. ¡Cuán complaciente, cuán amoroso has estado para conmigo! El honor que me has dispensado te agradecerá siempre mi memoria. Sigue siendo el protector y amigo del género humano, y visitame con frecuencia.»

Y de esta suerte se separaron en la umbria floresta, el Ángel volviendo al cielo, y Adán entrándose en su morada.

(1) Es decir, aproximándose al occidente.



Y DE ESTA SUERTE SE SEPARARON EN LA UMBRÍA FLORESTA....